

esfuerzo mostraban su decidida voluntad por cultivar el arte y servir a la patria.

De *El Aplicado* (Barazábal) es esta intencionada fabulita política, *Los cuatro gatos y el panadero*, publicada en el *Diario de México* de 11 de julio de 1812:

De cuatro gatos se hizo un panadero,  
para extinguir de casa los ratones,  
que jamás le comían un pan entero.  
Pero si antes echaba maldiciones  
por una u otra torta agujereada,  
se pegaba después de mojicones;  
pues la gatuna ronda insolentada  
despedazaba tortas a porfía,  
y el panadero vió su cuenta errada.  
Así del mundo en la panadería  
(hablando de animales con zapatos)  
son muchos los ratones, a fe mía;  
pero hacen más perjuicio *cuatro gatos*.

En cambio, el pueblo, en plena campaña, no ocultaba sus hondos sentires, y los rimaba rudamente, pero con un calor de alma que, a través del tiempo, enciende todavía nuestro entusiasmo. Es el pueblo mexicano un cantor muy expresivo y simpático. Y en todos los episodios de su vida, apasionante y generosa como pocas, la mu-

sa anónima há sabido encontrar estrofas sencillas y burdas, pero extremadamente cordiales y verdaderas, para rememorar y glorificar los incidentes de su epopeya por la libertad. La vihuela andaluza, hija probablemente de aquella guitarra morisca de la cual dijo el truhán y nocharniago Juan Ruiz que era «de las voces aguda, de los puntos arisca», suena pulsada por las manos oscuras de nuestros campesinos con una nueva tristeza, más salvaje y doliente que la oriental, y con un nuevo ardor, más primitivo pero más sincero que el que vibra en sus cuerdas, sobre las vegas de Granada. Nuestro pueblo cantaba, en 1812, sus cancioncitas heroicas, que resonaban como amenazas melancólicas en el silencio de las noches de vivac, y como alentadores himnos de guerra entre el estruendo del combate.

«Antes de entrar en el ataque—refiere don Carlos María de Bustamante, en una nota de su *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, —cuatro músicos de don José Osorno tocaban el

Rema, nanita, rema,  
y rema y vamos remando,  
que los *gachupines* vienen  
y nos vienen avanzando.

Por un cabo doy dos reales;  
por un sargento, un doblón;  
por mi general Morelos  
doy todo mi corazón.

» Cuando los tenían cerca largaban las guitarras y las trocaban por sus fusiles, entrando al fuego como diablos destacados; un ataque era, para estos hombres agigantados, una montería o una plaza de toros. Concluido el lance lo celebraban con igual canción, y quedaban tan serenos como si nada hubieran hecho.»

Mas si la poesía desmedrada y pulida enmudeció, fué porque ante el espectáculo de la insurrección sufría un instantáneo asombro que la vigorizó poco después e hizo que se le agolpara la sangre al corazón. Un viento heroico empezó a sacudir las lirás; un anhelo de rebeldía despertaba de sus ensueños plácidos a las inspiraciones contemplativas. Salían del caramillo pastoril acentos graves y enérgicos, inauditos hasta entonces. Y una transformación de las ideas y de las expresiones operábase como por obra de hechicería. Las alteraciones sociales habían traído, como ya se ha visto, alteraciones literarias, a las que, de un modo natural y fatal, cedió, de buen grado, la lírica mexicana.

No que se apartase—no podía ser—de la íntima cognación filial con la poesía española; no que rompiese ni siquiera aflojase los vínculos estrechos que la ataban forzosamente al organismo de la literatura castellana; no que, torciendo el rumbo, siguiese distinto sendero que el marcado por la evolución de las letras peninsulares, sino que para la expresión de los sentimientos recién experimentados, de las ideas flamantes y ardorosas, de las agitaciones espirituales, buscó fórmulas a propósito, y las halló, instintivamente, en la imitación de los poetas hispanos más en boga entonces y que mejor reflejaban el momento histórico de la nación madre. Esta fué la ocasión propicia para que penetrasen en nuestro parnaso americano tres grandes poetas: don Manuel José Quintana, don Nicasio Alvarez de Cienfuegos y don Juan Nicasio Gallego. Los dos primeros entraron como imperiales conquistadores. Pronto se adueñaron del gusto; pronto encontraron súbditos obedientes que les rindieran admirativo vasallaje.

Don Manuel José Quintana, en 1812, había llegado ya al apogeo de su gloria, de su fama y de su inspiración. La poesía majestuosa y encendida, exaltada y robusta, de este soberano poeta, había ensordecido los aires con los fragores de

mar y las sonoridades de guerrera trompa de una alta elocuencia. Arengas en verso eran las suyas, cantadas con la aguda entonación de aquel lirismo *panfilista* que tenía la virtud maravillosa de avivar en las almas lumbres de pasión y entusiasmo. El cantor grandioso de la libertad, de la patria y de la humanidad, el fustigador austero de las tiranías y de los crímenes políticos, llegaba a Nueva España, algo retardado, es cierto, pero todavía a tiempo para inyectar energías y bríos en los poetas revolucionarios. Quintana—lo ha dicho con magistral palabra don Marcelino Menéndez y Pelayo—es una prolongación de Meléndez Valdés, no del sensual y dulce adorador de Filis, sino del viril glorificador de *Las Artes*, del agrio poeta de *La despedida del anciano*.

Con Quintana llegó también el novador Cienfuegos, el que sedujo a toda una generación con los malsanos encantos de su arrogante y atrevida musa. Se comprende ahora el prestigio de que gozó poeta de tan ciego y desatentado arrojo; en una época de furor por toda especie de libertades, se presentó este cantor, abjurando de la meticulosidad clásica, neologista impenitente (así le llama el maestro Menéndez y Pelayo), extravagante y bello a la vez. No fué extraño a la

dirección literaria de este periodo el cortesano, fácil y elegante don Juan Bautista Arriaza, cuya facultad de rimar la palabra le granjeó tantas admiraciones. La facilidad, la facundia, la espontánea armonía de sus versos electrizaron en México a los poetas de la musa moderada y amatoria, y las imitaciones de Arriaza sustituyeron durante algún tiempo a las de Meléndez Valdés.

Uno de los primeros en prender y ataviar su versificación con joyeles y ropajes quintanescos, fué el poeta realista don Ramón Roca, capitán de infantería española, granadino de notable talento y de muy completa cultura literaria. Beristain hace de este escritor un cumplido elogio, afirmando que era un «joven de bella y amena educación y de infatigable aplicación y estudio».

Como militar parece que no dió Roca las brillantes pruebas que como poeta. Don José María Luis Mora lo cita alguna vez, con cierto desprecio, en la obra *México y sus revoluciones*, y Bustamante, refiriéndose al mismo suceso a que alude Mora, lo cuenta de la siguiente manera en la primera carta del tomo II de su *Cuadro histórico*:

«En 24 de diciembre de 1811, Morelos, antes de llegar a Cuautla, mandó al capitán Larios con cien hombres de descubierta, a fin de que

observase el campo del poeta Roca. El 26 llegó a Ayacapixtla, encontróse con una guerrilla de éste y la batió, dejando muerto a un europeo apellidado Lastra, que apenas vieron cadáver los realistas, cuando echaron a huir hasta el campo de las *Carreras* donde estaba su comandante. Afectóse éste de un terror pánico, y sin más demora que el preciso tiempo para echar por tierra los jacales, que él llamaba tiendas de campaña, puso pies en polvorosa y no paró hasta Juchi, adonde llegó con la mitad de la gente, porque la demás se le desertó con armas hasta Cuautla.

» En 11 de enero salió Larios a continuar sus correrías. En Totolápan supo que Roca se hallaba en Juchi con poco más de cien hombres, y, por tanto, caminó toda la noche para darle un albazo; pero él tenía una musa de las desconocidas en el coro de las nueve de Apolo, llamada *Cobardía*, que era su favorita, la que le inspiró, en sueños de pesadilla, que se fugara para Ameica, como lo hizo, dejando mal de su grado oculto un cañón que cayó en manos de sus perseguidores.

» El cura del lugar salió a recibir a Larios bajo de palio, y le hizo muchas cucamonas; cantósele el *Te Deum*, que para él fué lo mismo que enatar en griego, o las coplas de la zarabanda,

porque era un rústico; mas he aquí que Roca aparece haciendo el *ja* sobre las alturas del pueblo; pero su enemigo apenas lo entiende cuando forma su batalla, toma una partida de caballería y le sale a cortar la retirada. No necesitó más que entender este movimiento el hijo querido de las musas, cuando sin aguardar el tiro de un fusil voló a escape hasta Chalco; ni aun allí se creyó seguro; tomó segunda vez su trotero, cuyos ijares fatigó sobremanera, y a pesar de que parecía una aguililla de Buenos Aires, él creía que se movía tan suavemente como Don Quijote creyó de Clavileño, bestia del mejor paso del mundo según lo reposado que andaba.»

Pero el mismo Bustamante, que, por espíritu de partido quizá, carga la mano en esta mofa sangrienta, no deja de reconocer los talentos poéticos de Roca, y así, al tratar de la ferocidad de Calleja en Zitácuaro, dice:

«Yo no puedo dejar de lamentar esta desgracia; pero más lamento que la hermosa lira de don Ramón Roca, oficial (y confidente que fué después de Calleja), hubiese celebrado esta ruina con unas preciosísimas octavas que se leen en los diarios de México.»

Bustamante sufrió un error de detalle: no está escrita en octavas la composición de Roca; es

una oda heroica, una silva de entonación marcadamente quintanesca, que tiene la particularidad de seguir al excelso poeta español en su manera de combinar las rimas, dejando algunas *libres*, modo característico que distingue al autor del *Panteón de El Escorial*, de los versificadores clásicos, para quienes la esclavitud de trabar todos los consonantes considerábase como imprescindible obligación métrica.

Poco conocida es esta pieza literaria de subido valor, y a la vez que, como documento poético, resulta interesante comprobación de las nuevas influencias españolas en México, patentiza la innegable superioridad de este poeta sobre algunos de sus contemporáneos americanos. Hela aquí:

Al señor general don Félix María Calleja.

ODA

Cocinés majore poeta  
plectro Caesarem.  
*Horat.*, lib. 4, od. I.

¿Adónde, oh Clío, mi encendida mente  
con raudó vuelo arrastras? Ignorado  
furor hinche mi pecho, y por la ardiente  
trompa suspira que animó inflamado

el Lírico de César. Sacra diosa,  
muéstrame tú desde la cumbre hermosa  
del sagrado Helicón, el héroe fuerte  
a quien el verso mío  
fausto celebre con acento pío.  
Del centro del Elíseo prestos vuelan  
mil varones y mil ante mi vista,  
hijos de la victoria, que ya anhelan  
merecido loor. No más resista  
mi enajenado espíritu tu fuego,  
oh Delfico, y el labio rompa luego,  
siguiendo osado, con afán glorioso,  
del alto Venusino  
el grave verso y el cantar divino.  
¿Será que a ti del plectro numeroso  
el suave son dirija, oh gran Pelayo?  
Porque el torrente rápido y undoso  
no fuerte fué cual tú, ni vivo el rayo,  
cuando del godo la infeliz fortuna  
vengando airado en la soberbia luna,  
el trono que se hundiera en Guadalete  
en Asueva elevaste,  
y de triunfos y glorias lo cercaste.  
¿O acaso a ti celebre, oh gran caudillo,  
pasmó y terror del edetano suelo,  
bravo Ruy Díaz, perennal cuchillo  
del bando alarbe, y de lealtad modelo;  
o más bien tu constancia generosa,  
impávido Guzmán, en la rabiosa

venganza atroz del sitiador cobarde,  
cuando la sangre clara  
de tu inocente hechura derramara?  
Ni tu grata memoria olvidaría,  
Gonzalo impetuoso, a cuyo acero  
dió el turbante postrer, que deslucía  
allá en el Dauro el esplendor ibero;  
ni la eminente gloria que en Lepanto,  
oh hijo de Reyes, te cubriera, en tanto  
que, anegado en el golfo turbulento  
el turco poderío,  
su osado arrojo lamentó tardío.  
¿Y quién de tus proezas no cantara,  
segundo Alcides, inclito extremeño,  
Paredes inmortal, el de la rara  
pujanza fiera, o del pasmoso empeño  
con que brumando peregrinas mares,  
oh gran Cortés, los españoles Lares  
plantaste firme en las lejanas tierras  
que en vértigo horroroso  
desgajó hirviendo el golfo impetuoso?  
Mas sobre el gran tumulto se levanta  
gallarda frente de laurel ceñida,  
de laurel inmortal, a gloria tanta  
quedando toda gloria obscurecida.  
¿Cuál dios es éste, oh musa? Arrebatado,  
mi numen a su vista, emprende osado  
sólo su nombre alzar. Díctame, Clio,  
díctame ya sonora,

y advierte al labio lo que el labio ignora.  
Porque al garzón perflucito yo veo  
resplandecer brillante, cual la estrella  
que anuncia el polo, y su eternal trofeo  
mostrarlo virgen celestial y bella.  
Salve, oh tú, timbre del honor hispano,  
Félix invicto, salve; pues tu mano  
doquier triunfando, y a triunfar moviendo,  
detuvo la impía saña  
del monstruo asolador de Nueva España.  
Aún resuena en mi oreja el alarido  
con que insolente en su furor horrible  
el rebelde atronara al affigido  
suelo español de América apacible;  
aún juzgo verlo en imperiosa ira  
hollar un pueblo y otro, y cuanto mira  
el áureo sol en el indiano espacio,  
llevar en tala fiera  
sembrando espanto y cuita lastimera.  
¡Ay, cuál rompe la hueste destructora  
por breñas y por montes! ¡Ay, cuál brilla  
tras la bandera que el infiel desdora  
en mano infame la fatal cuchilla!  
¡Y cómo con nefando desenfreno,  
rasgando ingratos de su hermano el seno,  
los bárbaros enhiestos amenazan  
pisar con fuero injusto  
de la alta corte el valladar augustol  
Pero se viera la tajante espada

en tu robusto brazo y la trompeta  
marcial suena en la esfera atribulada:  
el fogoso alazán al son se inquieta,  
y cubre el suelo el prevenido infante:  
das la señal guerrera, y fulminante  
amenazas el orbe... ¿Y quién te osa?  
¿Quién al golpe iracundo  
plúgole ser escándalo del mundo?  
Campos de Aculco y Calderón gloriosos,  
hablad por mí esta vez. Vosotros vistes  
bramar a los traidores orgullosos  
y herir el aire con lamentos tristes.  
Testigos sois del impetu potente  
con que el caudillo a la maligna gente  
pisó el erguido cuello, y quebrantando  
su rabia y fiera muestra  
dió nueva vida a la esperanza nuestra.  
Mas no era sólo allí, que a la afligida  
patria salvaras, y el feliz cimiento  
de su alma libertad cuasi perdida  
generosa afirmaras. ¡Oh momento!  
¡Dulce momento aquel en que tornaste  
a sostener nuestro esplendor, y alzaste  
al través de peligros y de escollos  
de nuevo el brazo fuerte,  
nuncio al infame de terror y muerte!  
¿Quién miró allá la multitud furiosa  
de Zitácuaro infiel, cuando embriagada  
con su crimen fatal quiso orgullosa

reina llamarse en voz desesperada,  
temblar sólo a tu nombre, y oprimida  
con tu invencible faz, la foragida  
turba ceder, y el ímpetu violento  
convertir en pavora,  
viendo tornado el trono en sepultura?  
No al inicuo sirvió que se elevara  
sobre eminente cumbre, y prevalido  
del aspereza inútil, provocara  
cobarde entonces tu valor sabido;  
pues llegaste y venciste; los millares  
cayeron a tus pies, en cien lugares  
sintieron tu furor, y el más altivo  
sólo en la fuga espera  
salvar su cuello a tu segur severa.  
Ni el tronante romper de sus cañones,  
ni de la inmensa chusma el alarido,  
ni el aspecto de mil y mil legiones,  
ni el doble muro y foso prevenido,  
nada es bastante a ti; todo parece  
do tú vas; como el humo desaparece  
defensa y defensor, y el sitio huellas  
do el insano enemigo  
halló, aunque estéril, pernicioso abrigo.  
Mas ¡oh mansión del crimen! ¡Pueblo impío  
de eterna execración! Ya tu locura  
pasó cual tempestad, y el poderío  
que frenético ansiaste en fe perjura,  
voló cual aire. De tu inicuo nombre

va a finar la existencia, y porque asombre  
en los remotos venideros siglos,  
ni de tu inculto asiento  
dejará el fuego rastro ni cimiento.

Porque no sólo al hombre, al sacro cielo  
en tu delirio heriste, y apurada  
fué su dulce piedad. De hoy más tu suelo  
sólo verá la fiera encarnizada,  
la silbadora sierpe ponzoñosa,  
la corneja agorera, la azufrosa  
nube, rayos y vientos; y la tierra  
ofrecerá a los ojos

entre negro carbón crudos abrojos.

Y el huracán perpetuo, revolviendo  
tus pálidas cenizas, presuroso  
irá por donde quiera difundiendo  
tu castigo terrible y espantoso.

De monte en monte sonará a su vuelo:

*Zitácuaro cayó*; con desconsuelo,

*Zitácuaro cayó*, tornará el llano;

y cuando se revuelva,

*Zitácuaro cayó*, dirá la selva.

En tanto tú, guerrero victorioso,  
brazo de Dios, azote del malvado,  
siempre cubierto de laurel frondoso  
irás de un triunfo y otro coronado;  
y diestra del que el orbe cual segundo  
Atlante admira sosteniendo un mundo,  
huirá ante ti la hueste conjurada

como la sombra fría

huye ante el claro lumínar del día.

¡Honor y lauro a ti! Mi mente abrumba  
tanto inmortal blasón, y el grave peso  
al numen sobrecarga. Sabia pluma  
del latino ¿do estás?, que ya confieso  
mi poder vano a tanta pesadumbre.

Ven, dios de Delo, ven: de la alta cumbre  
del sacro monte baja, y canta luego  
lo que puedes tú sólo

llevando al héroe desde polo a polo.

Que no el inmenso océano consiente  
sulcar su espalda extensa y caudalosa  
a barquichuelo débil, ni prudente  
fuera quien de la esfera prodigiosa  
el ancho espacio recorrer quisiera  
con flojas alas de mezquina cera.

Ven, pues, oh Dios, y al héroe venturoso  
celebra arrebatado,

y yo tan sólo escucharé admirado.

Esta oda apareció en el *Diario de México* de 12 de enero de 1812, diez días después de la famosa toma de Zitácuaro y a los siete de haber publicado la *Gazeta del Gobierno de México* el terrible y enfático parte de Calleja que anunciaba la fresca victoria y la futura destrucción de un pueblo de épica grandeza. Roca firmó esta